

temotzin; y á Ixtlilxochitl, que se confederó con los conquistadores españoles, y habiendo abrazado la religion cristiana, tomó en el bautismo el nombre y apellido de aquel conquistador. Nezahualpilli tuvo tambien varias hijas, particularmente de Xocotzin, de quien se asegura que tuvo cuatro, aunque no nos han conservado sus nombres. Torquemada dice que esta princesa era su preferida entre las muchas mugeres que tenia.

CAPITULO VII.

*Por muerte de Tizoc sucede Ahuizotl en el trono de Méjico.
Dedicacion del templo mayor de Méjico.*

Mientras la fortuna lisongeaba al rey de Tezcoco, llenándolo de placeres y satisfacciones, preparaba al de Méjico un fin bastante trágico. Techotlala, señor de Iztapalapan, ó resentido por algun agravio que habia recibido de Tizoc, ó disgustado de su dominacion, concibió el perverso designio de quitarle la vida; pero no atreviéndose á fiar el secreto á ninguno de los de su pueblo, porque no le pareció nadie capaz de cometer este atentado, lo comunicó al señor de Tlacheo, llamado Maxtla, quien no tuvo dificultad para prestarse á su ejecucion.

Los historiadores no están de acuerdo en el medio de que se valieron estos traidores para llevarla al cabo, queriendo algunos hacer intervenir en el crimen á unas hechiceras mandadas por Maxtla, las cuales pusieron en obra con tanto acierto sus diabólicas artes que estando cierta vez Tizoc fuera de su palacio, donde habian logrado ellas introducirse, regresó vomitando sangre y

á poco tiempo murió. Otros dicen que aquellos hallaron modo de darle veneno, y esto parece mas creible. Como quiera que sea, sus maquinaciones tuvieron efecto, y Tizoc murió en el año quinto de su reinado, que fué el de 1482 de la era vulgar.

Los mejicanos conocieron que no habia sido natural la muerte del rey, y quisieron vengarla ántes de proceder á la eleccion del que debia sucederle. Fueron tan eficaces sus averiguaciones, que á pocos dias fueron descubiertos los autores de aquel atentado, los que fueron ajusticiados en la plaza mayor de Méjico, con asistencia de los dos reyes aliados y de la nobleza de ambos reinos.

Era Tizoc circunspecto, sério, y tan severo como sus antecesores en el castigo de los delincuentes. Acosta dice que fué notado por sus generales de cobarde, y que disgustados los mejicanos de tener un rey poco apto para la guerra, le dieron veneno. Mas esta especie no puede conciliarse con las diligentes pesquisas que hicieron para descubrir los autores de su muerte, ni con la severidad y publicidad con que los castigaron, ni con la solemnidad de sus exequias, que se verificaron con toda la pompa con que se habian celebrado las de sus antecesores. Tampoco se le debe suponer escaso de conocimientos militares ni apocado de espíritu, si se reflexiona que ántes de ceñir la diadema habia sido general de las tropas mejicanas, cuyo cargo no se conferia sino á los que tenian bien acreditado su valor y experiencia en los combates. Parece sin embargo que no fué tan inclinado á la guerra como sus predecesores, y que su principal atencion se dirigió al aumento del culto de sus falsos dioses, que quiso fuese correspon-

diente á la opulencia y poder de que gozaban ya en su tiempo los mejicanos. A este fin emprendió fabricar en honor del númen tutelar de esta nacion un templo, que excediese en grandeza y magnificencia á todos los que habia en la tierra de Anáhuac. Para la ejecucion de esta obra tenia acopiados infinitos materiales, y aun habia comenzado la fábrica, cuando la muerte vino á frustrar sus designios.

Ahuizotl, hermano suyo y de su antecesor Axayacatl, era Tlacatecatl ó general de los mejicanos; y como se habia establecido ya la costumbre de nombrar á los hermanos para que le sucediesen, y concurrían en Ahuizotl otras circunstancias que lo hacian merecedor del trono, particularmente la del valor que era la que mas estimaban, no vacilaron los electores en escogerlo para que remplazase á Tizoc.

El primer cuidado del nuevo rey despues de su coronacion fué la fábrica del magnífico templo que habia trazado y comenzado el infeliz Tizoc, cuyos trabajos se continuaron con la mayor actividad, concurriendo un número increíble de operarios, y aun así la obra no pudo estar concluida sino al cabo de cuatro años.

Mientras se trabajaba en ella salió Ahuizotl muchas veces á campaña, y todos los enemigos que caian prisioneros se reservaban para ser sacrificados en la fiesta de la dedicacion. Las guerras de estos cuatro años fueron dirigidas contra los mazahuas, que se hallaban establecidos á corta distancia de Méjico, hácia el Poniente y se habian rebelado á la corona de Tlacoopan, contra los zapotecas, que lo estaban á cien leguas hácia el Sudeste, y contra otros muchos pueblos.

En el año de siete conejos que corresponde al de

1486 se concluyó el magnífico templo, cuya descripción hecha por Clavigero, despues de haber confrontado las relaciones de cuatro historiadores (1), es la siguiente.

Ocupaba el centro de la ciudad, y comprendia con otros templos y edificios anexos todo el sitio que hoy ocupa la iglesia Catedral, parte de la plaza mayor, y parte de las calles y casas de las inmediaciones. El muro que lo rodeaba formaba un cuadro, y era tan grande, que dentro de su recinto cabia, segun Cortes, un pueblo de quinientos hogares, y el conquistador anónimo asegura que lo que contenia parecia una ciudad. Este muro, fabricado de piedra y cal, era bastante grueso, tenia ocho pies de alto, estaba coronado de unos merlones ó almenas en forma de caracol, y adornado de muchas figuras de piedra, á modo de serpientes, por lo que le dieron el nombre de coatepantli ó muralla de serpientes.

Tenia cuatro puertas que miraban á los cuatro vientos cardinales. En la del lado del Oriente empe-

(1) Estos cuatro historiadores son Hernan Cortes, Bernal Diaz del Castillo, el conquistador anónimo y el padre Sahagun. Los tres primeros vivieron muchos meses en el palacio de Axayacatl que estaba en la calle de Santa Tereza, es decir, contiguo al templo, y cada instante lo veian. Sahagun, aunque no lo alcanzó entero, vió una parte de él y pudo reconocer el sitio que ocupaba. Llama Clavigero conquistador anónimo al autor de una relacion que se supone escrita por un *Gentil hombre de Hernan Cortes*, cuyo nombre no se ha podido averiguar, porque ningun otro autor lo menciona, pero que segun el mismo Clavigero es tan sincero, exacto y curioso, que si no fuera por su concision ningun otro historiador podria comparársele en lo respectivo á las antigüedades mejicanas.

zaba un ancho camino que conducia á la laguna de Tezcoco, y las otras tres miraban á las tres principales calles de la ciudad, que eran las mas largas y rectas, y de las cuales eran una continuacion las tres calzadas de la laguna por donde se iba á Iztapalapan, Tacuba y Tepeyacac (hoy Guadalupe). Sobre las cuatro puertas habia otras tantas armerías, abundantemente provistas de todo género de armas ofensivas y defensivas, á donde en caso de necesidad acudian á armarse las tropas.

El patio ó atrio inferior que estaba dentro del recinto del muro estaba curiosamente empedrado de piedras tan lisas y bruñidas, que no podian dar un paso allí los caballos de los españoles sin resbalar y caer.

En medio del atrio se elevaba un vasto edificio, sobre cuya figura no están enteramente de acuerdo los historiadores, porque Sahagun dice que era un cuadro perfecto, y el conquistador anónimo lo representa cuadrilongo, y es probable que así fuese, pues esta era la figura que tenian los templos de Teotihuacan que sirvieron de modelo á todos los otros. Era todo maciso, y estaba revestido de ladrillos cuadrados é iguales, y compuesto de cinco cuerpos casi de una misma altura, pero desiguales en longitud y latitud, pues los mas altos eran menores que los de abajo.

El primer cuerpo ó base del edificio tenia de Oriente á Poniente mas de cien varas, y como noventa y seis de Norte á Sur. El segundo tenia dos varas menos de largo y ancho que el primero. El tercero tenia otro tanto de menos, y los otros iban disminuyendo en las mismas proporciones: de modo que sobre cada cuerpo habia un espacio ó corredor abierto, por

el cual podian andar tres y aun cuatro hombres de frente girando en torno del cuerpo superior.

Las escaleras, que estaban en el lado del Sur, eran de piedras grandes bien labradas, y tenian ciento catorce escalones, cada uno del alto de un pie. No era una sola escalera, como la representan los autores de la *Historia general de los viages* y los editores mejicanos de las *Cartas de Cortes*, sino que habia tantas escaleras cuantos eran los cuerpos del edificio. Así es que subida la primera no se podia subir á la segunda, sin dar una vuelta por el primer corredor en torno del segundo cuerpo; ni subida la segunda se podia llegar á la tercera, sin dar la vuelta por el segundo corredor en rededor del tercer cuerpo, y así de los demas.

Sobre el quinto y último cuerpo habia una plataforma cuadrilonga, que llamaremos atrio superior, de mas de ochenta varas de largo, y sesenta y ocho de ancho, y estaba tan bien empedrada como el patio ó atrio inferior. En la estremidad oriental de aquel espacio se alzaban dos torres á la altura de diez y ocho varas poco mas, cada una de las cuales estaba dividida en tres cuerpos; el inferior de piedra y cal, y los otros dos de madera bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior ó base era propiamente el santuario, donde sobre un altar de piedra de cinco pies de alto estaban colocados los ídolos tutelares. Uno de estos santuarios estaba consagrado á Huitzilopuchtlí y á los otros dioses de la guerra, y el otro á Tezcatlipoca. Los demas cuerpos servian para guardar los utensilios necesarios al culto de los ídolos, y las cenizas de algunos reyes ó señores que por devocion particular lo habian dejado dispuesto así.

Los dos santuarios tenían la puerta al Poniente, y las dos torres terminaban en hermosas cúpulas de madera; pero ningún autor habla del adorno y disposición interior de los santuarios, como tampoco del grueso de las torres. Lo que puede asegurarse sin temor de errar es que la altura del edificio, sin las torres, no bajaba de treinta y ocho varas, y con ellas pasaba de cincuenta y seis. Desde aquella elevación se alcanzaba á ver la laguna, las ciudades que la rodeaban y una gran parte del valle, lo que formaba según los testigos oculares la mas hermosa vista del mundo.

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios, y en el inferior el de los sacrificios gladiatorios, como los llamaron con bastante propiedad los españoles. El sacrificio ordinario se hacia de esta manera. Cogían á la víctima seis sacerdotes, y poniéndola en el altar, que era una piedra verde convexa en la parte superior, de tres pies de alto, otro tanto de ancho, y cinco de largo, le aseguraban unos los pies, otros las manos y otro la cabeza, y el sacerdote principal, llamado Topiltzin, con un cuchillo de piedra muy agudo, le abría el pecho, le arrancaba el corazón, y todavía palpitante lo ofrecía al sol y lo arrojaba á los pies del ídolo. Si la víctima era algún prisionero de guerra, le cortaban después de sacrificado la cabeza, que se quedaba allí para adorno de la muralla, y precipitaban el cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el que lo habia hecho prisionero, y lo llevaba á su casa para condimentarlo y dar con él un banquete á sus amigos. Si no era prisionero, sino esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadáver, y se lo llevaba para el mismo objeto. Comían

solo las piernas, los muslos y los brazos, y lo demás lo quemaban, ó lo destinaban para mantener las fieras de las casas reales. Entre los otomites parece que se comía todo el cuerpo, porque lo hacían pedazos, y estos se vendían en el mercado público.

El sacrificio gladiatorio era sumamente honorífico, y solo se destinaban á él los prisioneros mas afamados por su valor. Había cerca del templo una gran piedra redonda, mucho mayor que las de molino, de tres pies de alto, adornada con algunas figuras, llamada Temalacatl. Sobre esta piedra ponían al prisionero, armado de rodela y espada corta, y atado al suelo por un pie. Subía á lidiar con él un soldado mejicano, á quien daban mejores armas que al prisionero. Es fácil figurarse los esfuerzos que haría este infeliz para evitar la muerte, y los que emplearía su contrario para no perder su reputación militar delante del concurso innumerable que presenciaba este bárbaro espectáculo. Si el prisionero quedaba vencido, acudía inmediatamente un sacerdote, llamado Chalchiutepehua, y muerto ó vivo lo llevaba al altar de los sacrificios ordinarios, donde le abría el pecho y le arrancaba el corazón, y el vencedor era aplaudido de la muchedumbre, y recompensado por el rey con alguna insignia militar. Pero si el prisionero quedaba vencedor de su contrario, y de otros seis combatientes que sucesivamente subían á pelear con él, según el conquistador anónimo, se le concedía no solo la vida, sino la libertad y todo cuanto le habían quitado, y se volvía lleno de gloria á su patria. Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente quedaba libre el prisionero; mas no parece probable que á tan poca costa diesen libertad á un guerrero que

podría serles tan perjudicial por su valor. El mismo conquistador refiere que en una batalla que dieron los cholultecas á los huexutzincas fué hecho prisionero el gefe de los primeros, y que puesto en la piedra del sacrificio gladiatorio venció á los siete combatientes, sin embargo de lo cual le dieron muerte los huexutzincas, previendo el daño que podría hacerles un enemigo tan animoso; pero que este procedimiento fué visto con horror, y que quedaron infames á los ojos de las demas naciones, por haber contravenido á la costumbre general, que puede decirse era entre ellas un derecho de gentes. Los sacrificios variaban con respecto al número de las víctimas, al lugar y al modo, según las circunstancias de la fiesta; pero los mas comunes eran los dos de que se ha hablado.

En frente de las dos torres ó santuarios que coronaban el templo mayor habia dos braseros ó estufas de piedra, de la altura de un hombre, y de la figura de las pilas de agua bendita que vemos en nuestras iglesias, en donde se mantenía de día y de noche fuego perpetuo, que atizaban y conservaban los sacerdotes con la mayor vigilancia, porque estaban persuadidos de que si llegaba á extinguirse sobrevendrían grandes castigos del cielo.

En el espacio que mediaba entre el muro y el templo, además de una plaza para los bailes religiosos, habia mas de cuarenta templos menores consagrados á los otros dioses, varios colegios de sacerdotes, algunos seminarios de jóvenes de ambos sexos, y otros diversos edificios que por su singularidad conviene que se haga aquí mención de ellos, siendo de advertir que en cada uno de estos santuarios y edificios habia enfrente de

las puertas braseros de igual tamaño y forma, y en número de mas de seiscientos, los cuales formaban un vistoso espectáculo en las noches en que se encendian todos.

Entre los templos los mas considerables eran los de Tezcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcohuatl. Todos, aunque diferentes en el tamaño, eran semejantes en su estructura y tenían la fachada vuelta al templo mayor, siendo así que los demas templos construidos en el resto de la ciudad la tenían hácia el Poniente. El templo de Quetzalcohuatl era el único que se diferenciaba de los demas en la forma, porque siendo todos cuadrilongos, este era circular, y su puerta representaba la boca de una enorme serpiente de piedra con sus dientes. Muchos españoles, que por curiosidad entraron en él, confesaron que se habían llenado de horror. Entre los otros templos habia uno, llamado Ilhuicatlán, dedicado al planeta Venus, y en el interior una gran columna en que estaba representada la imagen de este astro. Cerca de la columna se sacrificaban prisioneros al planeta en el tiempo de su aparición.

Los colegios ó monasterios de sacerdotes eran cinco, y los seminarios de jóvenes tres: mas estos sin duda eran los principales, pues era excesivo el número de personas que allí vivían consagradas al servicio de los dioses.

Entre los edificios notables comprendidos en el recinto del templo, además de las cuatro armerías colocadas sobre las puertas, habia otra cerca del templo Tezacalli, ó casa de espejos, llamada así porque la parte interior de sus muros estaba revestida de espejos.

Habia otro pequeño templo llamado Teccizcalli, todo cubierto de conchas, con una casa inmediata, á la cual se retiraba el rey de Méjico para hacer sus oraciones y ayunos.

Tambien habia una casa de retiro para el gran sacerdote, llamada Poyauhtlan, y otras para los particulares: un buen hospicio para alojar á los forasteros de distincion que iban por devocion á visitar el templo, ó á ver por curiosidad las grandezas de la corte: varios estanques para que se bañasen los sacerdotes, y fuentes para suministrarles el agua que bebian. En el estanque llamado Tezcapan se bañaban muchos por voto particular que hacian á los dioses. Entre las fuentes habia una llamada Texpalatl, cuya agua creian que era santa: bebianla solamente en las fiestas solemnes, y fuera de ellas á nadie era licito tomarla. Esta fuente, cuya agua era bastante buena, se cegó cuando los españoles arruinaron el templo; y aunque se volvió á abrir el año de 1582 en la plazuela llamada entónces del Marqués, que hoy se llama el Empedradillo, cerca de la Catedral, no se sabe por qué causa la volvieron á cegar despues.

Habia sitios para la cria de las aves que sacrificaban, jardines en que se cultivaban flores y plantas aromáticas para el adorno de los altares, y un bosquecillo con representaciones artificiales de montes, peñascos y precipicios, y de allí salian á la caza general que hacian con grandes preparativos.

Tenian allí tambien estancias destinadas á guardar los ídolos, ornamentos, y todo lo perteneciente al culto de sus dioses, y entre ellas dos salas tan espaciosas que los españoles quedaron admirados al verlas. Pero

los edificios mas notables por su singularidad eran una gran cárcel á manera de jaula en que encerraban á los ídolos de las naciones vencidas, y otros en que se conservaban los cráneos de las víctimas, los cuales eran de dos maneras. Unos no contenian mas que montones de huesos: mas en otros las calaveras estaban curiosamente embutidas en las paredes, formando algunas figuras con simetría, aunque horribles á la vista, ó enfiladas en palos dispuestos con bastante orden. El mayor de estos edificios llamado Hueitzompan, aunque no estaba comprendido en el recinto del templo, distaba poco de su puerta principal. Era un vasto terraplen cuadrilongo y medio piramidal. En la parte mas baja tenia ciento cincuenta y cuatro pies de largo. Se subia á la parte superior por una escalera de treinta escalones, y encima estaban puestas perpendicularmente mas de sesenta bigas muy altas, con muchos agujeros en toda su longitud, y separadas unas de otras por una distancia de cuatro pies. De los agujeros de una biga á los de otra habia palos delgados atravesados, y en cada uno de ellos cierto número de cráneos ensartados por las sienes. En los escalones habia tambien un cráneo entre piedra y piedra. A mas de esto se elevaban en las estremidades del edificio dos torres construidas solamente, segun la apariencia que presentaban, de cráneos y cal, y cuando alguno se deterioraba cuidaban los sacerdotes de remplazarlo con otro nuevo, para que no faltase el número ni la simetría.

Los cráneos de las víctimas comunes se conservaban despojados de los tegumentos; pero cuando el sacrificado era persona de distincion se conservaba la cabeza con la piel y los cabellos, lo que hacia mas horro-

rosos aquellos trofeos de su bárbara superstición. Eran tantos los cráneos conservados en aquellos edificios, que algunos de los conquistadores españoles, que se tomaron el trabajo de contar solo los que habia en los escalones y entre las bigas, hallaron ciento treinta y seis mil.

Despues de esta relacion ya no parecerá tan inverosímil la de las atróces ceremonias con que se celebró la dedicacion del soberbio templo que se acaba de describir. Fueron convidados á ella los reyes de Tlacopan y Aculhuacan, y toda la nobleza de ambos reinos. Acudieron á la solemnidad gentes de los países mas remotos, y así fué el concurso el mas numeroso que hasta entónces se habia visto en Méjico. Algunos autores aseguran que el número de personas que concurrieron á esta funcion llegó á seis millones, lo cual no parece á Clavigero increíble, atendida la vasta poblacion que tenia ya entónces Anáhuac, la grandeza y novedad de la fiesta, y la facilidad con que pasaba la gente de unos puntos á otros, caminando á pie, y sin el embarazo del equipage.

La fiesta duró cuatro dias, y en ellos se sacrificaron en el atrio superior del templo todos los prisioneros hechos en los cuatro años anteriores. Los historiadores no están de acuerdo acerca del número de las víctimas. Torquemada dice que fueron setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro, y otros las hacen bajar á sesenta y cuatro mil sesenta. Para hacer con mayor aparato esta horrible carnicería, ordenaron á aquellos infelices en dos filas, cada una de media legua de largo, que empezaban en las calzadas de Tacuba é Iztapalapan, y venian á terminar en el mismo templo, donde

eran sacrificados luego que llegaban. Betancurt dice que la fila de prisioneros ordenada en la calzada de Iztapalapan comenzaba en el sitio que despues se llamó la *Candelaria Malcuitlapilco*, cuyo nombre se le dió desde entónces con alusion á este suceso, lo que parece á Clavigero bastante verosímil, porque Malcuitlapilco significa *cola ó extremidad de prisioneros*.

Oigamos las reflexiones juiciosas que hace sobre este suceso el Sr. Bustamante, en las *Mañanas de la Alameda*, tom. 2, pág. 201. „ Dejando á salvo, dice, „ el crédito que me merecen los respetables escritores de „ este suceso, Torquemada, Clavigero, Betancurt y „ otros, yo no puedo creer que tan crecido número de „ prisioneros se hubiese sacrificado en cuatro dias en „ los términos que se dice. Supónese que habia dos „ hileras, una desde San Antonio Abad hasta la calle „ del Relox, en que segun Betancurt acababa el templo mayor inclusa la arca de la Catedral; y la otra „ ringlera por la del Poniente, segun Torquemada, „ que comenzaba media legua del lugar del sacrificio; „ pues bien, en dos hileras de hombres de este espacio, „ que eso supone la palabra rengle *quasi series*, ó línea, „ no caben setenta y dos mil trescientos cuarenta y „ cuatro hombres. El templo mayor tenia setenta y „ ocho capillas en su recinto, segun dice el P. Sahagun, que las describe desde el fol. 197 al 211, tom. „ 1. Supóngase que en todas ellas se hizo sacrificio: „ ni aun así es creible. En un sacrificio ordinario se „ empleaban seis ministros: cuatro aseguraban al prisionero por los pies y brazos, otro le afirmaba la cabeza, y otro le abria el pecho y arrancaba el corazón. No es creible que hubiese habido tanto número

„ de ministros para tantas operaciones. ¡Y qué se hizo de tantas víctimas? ¿Dónde se enterraron ó quemaron? ¿En qué lugar se depositaron, que no consta? Setenta y dos mil y mas víctimas ocupan mucho lugar, y aun cuando se hubiesen comido muchas de ellas, solo se comian los pulpejos y mollares, y nada mas; de algunos los pies y partes gelatinosas. Esta relacion tiene todos los caracteres de inverosímil en los términos que se cuenta por estos escritores. Yo sí creo que se sacrificarían muchas víctimas, y si fueron en tanto número, no fueron inmoladas en cuatro dias. Vaya otra prueba á mi juicio concluyente. Cuando Moteuhzuma segundo dedicó el templo de Coatepetl, y sacrificó los prisioneros que trajo de la expedicion de Tuctepepec en número de ochocientos, solo se inmolaron doscientos veinte aquel solo dia, y con el último se acabó aquella escena de horror á las *once de la noche*, quedando tan teñido de sangre el templo, dice Tetzotzomoc Alvarado, que parecia un dosel carmesí. Véase la historia de Moteuhzuma que publiqué en el *Cenzontli*, y despues por suplemento en el tom. 2 del P. Sahagun. Conque si para doscientos veinte hombres, se empleó todo un dia, ¿cuántos se necesitarían para setenta y dos mil y mas?”

Hasta aquí el Sr. Bustamante. Es verdad que por lo respectivo al número de sacerdotes, no solo es posible que se hubiesen inmolado las setenta y dos mil víctimas en cuatro dias, sino que bastaba uno para despacharlas descansadamente. Solo el templo mayor, segun Clavigero, tenia cinco mil sacerdotes: fuera de él habia otros dos mil templos esparcidos en la ciudad,

y aunque este número se rebaje á la mitad, calculando á cada templo el de seis ministros, que es lo ménos que deberian tener los de poca consideracion, por ser este el número que se empleaba en un sacrificio, y dando algunos mas á los de mayor gerarquía, parece que no es exagerada la suposicion de que hubiese en Méjico en todos los templos doce mil sacerdotes, que divididos por seis componen dos mil secciones ó grupos de sacrificadores. Cada grupo podia sin fatiga inmolarse cuatro víctimas en una hora, ó lo que es lo mismo, en cada hora podían sacrificarse ocho mil. Por consiguiente bastaban nueve horas para inmolarse las setenta y dos mil.

No es, pues, el número de sacerdotes el que debe detener nuestro asenso cuando se trata de esta espantosa carnicería, mucho mas cuando pudieron haberse traído de fuera de la capital, si no eran bastantes los que habia en ella, no bajando de un millon los que segun Clavigero podían contarse en todo el imperio. Sin embargo, las demas reflexiones que emplea con juiciosa crítica el Sr. Bustamante para desmentir el hecho, no solamente lo hacen muy dudoso, sino que abren campo á otras que aumentan su inverosimilitud, algunas de las cuales expondré brevemente para explayar el espíritu de los lectores, en quienes supongo la misma ansiedad con que me hallo de ver, si no enteramente desvanecido, por lo ménos disminuido en gran parte el horror que causa esta catástrofe inaudita.

Clavigero, refutando los testimonios de Zumárraga, Gomara, Acosta y otros escritores, que hablan con variedad sobre el número de víctimas que se sacri-

ficaban anualmente, calcula en veinte mil lãs de todo el imperio. De estas puede aplicarse la tercera parte, esto es, seis ó siete mil á los mejicanos, y el resto á los reinos de Tezcoco y Tlacopan, á las repúblicas de Tlaxcala y Huexutzinco, y á los demas estados que en la fecha de que vamos hablando se conservaban todavía independientes de Méjico, como Cholula, Atlixco y otros muchos; y aunque no se pueda calcular cuantos serian los que se sacrificaban cada año en la capital, debe suponerse que siendo esta costumbre general á todos los pueblos, sin duda la mayor parte seria inmolada en los templos de fuera de Méjico. Désele sin embargo á esta ciudad esa mayor parte, y tendrẽmos que el número anual que se sacrificaba en ella no podia pasar de cuatro mil, esto es, el quinto de todas las víctimas de Anáhuac, cuyo cálculo es mas bien excesivo que corto. Supongamos tambien que ninguna de ellas fué sacrificada en los cuatro años que duró la obra del templo, sino que todas se reservaron para la dedicacion, cosa inverosímil por las frecuentes fiestas que en cada uno se celebraban con este sanguinario aparato, y que tampoco murió ninguna de muerte natural, lo que es todavía mas inverosímil, mucho mas si se atiende á la situación física y moral en que debian hallarse unas gentes, privadas de los ejercicios corporales que mantienen la salud, y teniendo á todas horas presente la congojosa idea del trágico fin que se les preparaba. Resulta de todas estas suposiciones que no podia exceder de diez y seis mil el número de los prisioneros sacrificados en la fiesta de que se trata.

Ni se diga que para aumentar las víctimas salió Ahuizotl varias veces á campaña en los cuatro años in-

termedios, con lo cual debió ser mayor el número de prisioneros; porque el cálculo de Clavigero en que se ha descansado está hecho supuesto el estado continuo de guerra en que vivian los mejicanos, la que no fué ciertamente mas estragosa en el cuatriennio expresado que en los tiempos posteriores, como despues verẽmos.

Aun rebajado el cálculo á los diez y seis mil cautivos, quedan en pie otras dificultades, que no sabemos como resolverian los historiadores que no han hecho alto en la inverosimilitud de este suceso, como por ejemplo el enorme gasto que debia causar su manutencion y el de la tropa que los custodiaba, la mucha gente que debia ocuparse en esto, y sobre todo el lugar en que se aseguraron miẽtras duró la fábrica del templo. Para cuidar diez y seis mil hombres, que debian hacer continuamente esfuerzos por su libertad, se necesitaba un ejército en continua vigilancia, y muchas cárceles de enorme extension en que tenerlos bien seguros, y sabemos que las que usaban los mejicanos eran una especie de jaulas, en que no era fácil contener á tanta gente.

Mas sea lo que fuere de esta sagrada matanza, el número de los sacrificados debió de ser muy grande, aunque no tanto como asientan los historiadores. Torquemada dice que la sangre corria por las gradas del templo „como los arroyos de agua cuando llueve muy continua y reciamente.” Al fin de los cuatro dias que duró la fiesta hizo Ahuizotl muchos y magníficos presentes á todos los convidados, segun la dignidad de cada uno, y los mas fueron distribuidos por su mano, habiéndose gastado sumas inmensas en este y en los demas preparativos de tan gran solemnidad.

En el mismo año el señor de Xalatlahco, llamado Mozauhqui, á imitacion del rey de Méjico, á quien tenia particular aficion, dedicó otro gran templo, para cuyo estreno habia juntado también un considerable número de prisioneros, que fueron del mismo modo sacrificados. Tan cierto es que las acciones de los reyes sirven de regla en la conducta de sus súbditos; y tal era el estrago que hacia la bárbara y cruel supersticion á que se habian entregado los mejicanos.

CAPITULO VIII.

Muerte de Chimalpopoca, rey de Tlacopan, á quien sucede Totoquiyautzin II. Inundacion de Méjico causada por el capricho de Ahuizotl. Rápidas conquistas de este príncipe, y su muerte.

El año siguiente al de la dedicacion del templo, mayor, á saber, el de 1487, fué memorable por un gran terremoto, y por la guerra que hizo el rey de Tlacopan Chimalpopoca contra los de Cuextlan, en la cual murieron varios ilustres mejicanos. Despues se dirigió contra los estados de Chinautla y Coyotlapan, á quienes hizo tributarios, y á poco tiempo murió, habiéndole sucedido en el trono Totoquiyauhtzin II, cuya coronacion se celebró con bastantes fiestas y regocijos, á que concurrieron los reyes de Méjico y Tezcoco.

Se nombraron también en este año los gobernadores de Iztapalapan, Azcaputzalco y Tula, sin duda por muerte de los anteriores, ó porque no estaba contento con ellos el rey de Méjico, á quien tocaba el

nombramiento. En Ixtapalapan fué puesto Cuitlahuatzin, en Azcaputzalco Tezozomocli y en Tula Ixtlicuechahuacatzin.

Ahuizotl, cuyo carácter guerrero no podia gustar por mucho tiempo las dulzuras de la paz, salió nuevamente á campaña, dirigiéndose contra los cozcaquahu-tenancas, de quienes alcanzó una completa victoria; pero como esta le fué muy costosa por la vigorosa resistencia que le hicieron, se mostró con ellos demasado severo y cruel. Despues sometió á los de Quapilollan, y en seguida llevó la guerra á Quetzalcuitlapillan, provincia grande, y poblada de gente belicosa, para cuya sumision tuvo que emprender varias campañas, no habiéndola podido reducir en la primera; aunque Torquemada asegura que jamas logró conquistarla, y que fué, lo mismo que Tlaxcala, una de las que proveian á los mejicanos de prisioneros para los sacrificios en las frecuentes guerras que contra ella se emprendian. También marchó Ahuizotl contra Quauhtla, lugar situado en la costa del seno mejicano, y en los obstinados combates que allí se dieron se señaló por su valor Moctehuzuma, hijo de Axayacatl y despues emperador, haciendo muchos prisioneros, lo cual era mas honroso para los mejicanos que matarlos en el campo de batalla, por la bárbara costumbre que tenian de sacrificarlos en sus festines.

A poco tiempo se dirigieron los mejicanos en compañía de los tezcocanos contra los huexutzincas, y en esta guerra se distinguieron por su valor Tezcatzin, hermano de Moctehuzuma, y Tliltotli, uno de los oficiales mas visibles por su nobleza, y que llegó despues á ser general del ejército. No nos refieren los historia-